
Entre el horror y la esperanza

Josep Borrell

En Estrasburgo, el debate sobre Iraq había pasado sin pena ni gloria.

La guerra, contra la que se habían manifestado un millón de británicos en las calles de Londres, parecía olvidada. Sólo la izquierda y los verdes se resistían a considerarla como algo lejano cuyo recuerdo impedía abordar la reconstrucción del país.

Nada hacía imaginar que la última sesión del Parlamento Europeo (PE) antes del verano, terminaría con los eurodiputados en pie guardando silencio por las víctimas de Londres.

Pero de repente el terrorismo ha vuelto a Europa. No parece que lo podamos olvidar tan fácilmente.

Los atentados de Londres llevan el sello de los de Madrid. Se producen en pleno triunfo olímpico y en vísperas de un acuerdo importante sobre la ayuda a África y la lucha contra el cambio climático.

El horror de los acontecimientos de Londres debe considerarse en la perspectiva de los graves desafíos que amenazan nuestra propia existencia: recalentamiento del planeta, reducción de la biodiversidad, contaminación, deforestación, pobreza, hambre, terrorismo, pandemias, etc.

Junto con el terrorismo, la pobreza ha estado de actualidad. El pasado fin de semana tenía lugar en 10 importantes ciudades del planeta grandes espectáculos para sensibilizar contra esta tragedia que aqueja principalmente al continente africano. Huper Sauper lo cuenta con especial crudeza en su película *La pesadilla de Darwin*, relato de la conjunción de todos los males antes citados.

El Reino Unido, que asume la presidencia del G8 y de la UE, ha hecho de la lucha contra la pobreza en África y del cambio climático global sus dos grandes prioridades. Es un acierto, puesto que la UE es la principal impulsora de estas políticas a nivel mundial. Es el mayor donante del mundo (46.000 millones de euros) y el protocolo de Kyoto no existiría sin el decidido apoyo europeo.

El PE ha estado abrazado por una gigantesca banda blanca a modo de pulsera. Es el símbolo de la “Llamada mundial para la acción contra la pobreza”, lanzada por el presidente de Brasil, Lula da Silva, en la inauguración del Foro Social de Porto Alegre en enero del 2005, y apoyada por más de 600 ONG de todo el mundo.

El PE se ha sumado a esta iniciativa en su sesión plenaria anterior a la Cumbre del G8 en Gleneagles (Escocia).

Pero, hasta ahora, el primer mundo se ha llenado la boca de solidaridad y de promesas no cumplidas. En 1980 un décimo de los pobres del planeta vivía en África. Hoy es un tercio y para el 2015, si no lo remediamos, será la mitad. La esperanza de vida media es de 46 años, frente a los 77 años de los países del G8.

Las guerras civiles, enfermedades como el sida, la sequía, la malnutrición..., devastan el continente africano. África no es en absoluto pobre, pero padece todas las secuelas coloniales y tiene graves problemas de eso que ahora se llama “gobernanza”.

Los cuatro jinetes del Apocalipsis hace tiempo que cabalgan sobre África. En el año 2000, en la Cumbre del Milenio, los líderes mundiales se comprometieron solemnemente a recortar a la mitad el porcentaje de personas con menos de 1 dólar por día para el 2015. Cinco años después no se ha hecho apenas nada al respecto. La diferencia entre ricos y pobres en el mundo nunca había sido tan grande.

Según el informe de la UNCTAD del 2002, el número personas que viven en pobreza extrema se ha doblado en los últimos treinta años, aumentando de los 138 millones que había en los años 60, a los 307 millones de los años 90. Y si persisten las tendencias actuales, su número aumentará hasta los 420 millones antes del 2015.

Cada día mueren de hambre cerca de 25.000 personas. El ministro británico de Cooperación al Desarrollo desgranaba esas cifras mientras el ruidoso incorporar de los eurodiputados a sus escaños no reflejaba el dramatismo de la situación.

Pero la pobreza no es la única razón para ser pesimista. El cambio climático amenaza con modificar nuestro planeta tal y como lo hemos conocido hasta ahora. Recientemente, las academias científicas de los grandes países pedían políticas claras para combatirlo.

Otro de los peligros que amenazan nuestro planeta es el fin de la biodiversidad. Un tercio de los anfibios, una cuarta parte de los mamíferos y uno de cada ocho pájaros está bajo amenaza de extinción. Cada año se pierden 14 millones de hectáreas de bosque y la desertificación avanza a pasos agigantados, como bien conocemos en nuestro país.

Pero también hay razones para la esperanza:

El informe del “Proyecto del Milenio” de las Naciones Unidas, dirigido por el profesor Jeffrey D. Sachs, expone una estrategia razonable de lucha contra la pobreza, el hambre y la enfermedad a nivel mundial. Calcula que reducir a la mitad el hambre en los países más pobres costaría medio euro al mes a cada persona que vive en las zonas más ricas del planeta. ¿Son realmente inalcanzables los objetivos del milenio?

Otro motivo de esperanza es el avance de la democracia. En 1985 se contaban 67 países autoritarios, con el 45% de la población mundial; hoy ya no son más que 26 (30%).

La tecnología, a pesar de los espejismos marxistas, es otra fuente de esperanza. Abre horizontes cada vez más amplios para solucionar problemas tan acuciantes como los sanitarios o la energía. En realidad, de los tres tipos de progreso, el ético, el estético y el técnico, la Humanidad ha avanzado sobre todo en el último. Algunos piensan que es el único.

Pero sobre todo, la mayor esperanza es la aparición de una “conciencia global” cada vez más clara, en particular en los jóvenes. La UE es el primer intento organizado y pacífico de crear esa conciencia global.

Como una de las dos autoridades presupuestarias de la Unión, el PE dará un fuerte impulso a la lucha contra la pobreza. Porque, pese a ser el mayor donante mundial, el esfuerzo de la UE no pasa de ser un 0,3% de su PIB.

Y antes de partir de vacaciones, recordemos que a la vuelta nos esperan la reforma de las Naciones Unidas en septiembre y las negociaciones comerciales mundiales en Hong Kong en diciembre. Serán grandes oportunidades para avanzar en la construcción de esa esperanza, más allá del horror de Londres.
